EXTRA PARA LOS SUBSCRIPTORES

EDITOR: FRANCISCO JOSE ARIZA

CRONICAS DE MADRID

VEGANIA CRIMINAL.—EL CASO DEL EX-CAPITAN SANCHEZ.—EL MANICOMIO MAS BIEN QUE EL PRESIDIO.—HIGIENE SOCIAL.—LA PENA DE MUERTE.

Madrid, noviembre 1913.—El distinguido abogado señor Servano Batanero, defensor del ex-capitán Sánchez en la célebre causa por homicidio y robo de don Rodrigo García Jalón, ha hecho bien en alegar la locura de su defendido como causa eximente de responsabilidad.

Sánchez es un loco, digan lo que digan los peritos médicos; y puesto que a ley, lo mismo en España que en todas partes, libra al loco de las penas que se aplican a los criminales cuerdos—si estas dos últimas palabras no son contradictorias—nada más lógico que quien acepta la misión de defender a un enagenado lo trate de salvar con arreglo al código.

Lo absurdo en este caso es el código mismo. Si un hombre puede quitar la vida a un semejante, o cometer otros crímenes espantosos, por enfermedad, —la que casi siempre es de carácter hereditario e incurable, por consiguiente,— recluirlo en un asilo, donde cese la fuga o del que llegue a salir, a un período lúcido como curado por equivocación de los médicos, es poner a la sociedad en enorme peligro.

Véase, por ejemplo, ahora, lo que corre con esa verdadera bala perdida que se llama Mr. Thaw. ¿Cuántas no va de hacer todavía en este mundo las autoridades judiciales de Nueva York no consiguen que vuelva al manicomio del que pudo escaparse tan fácilmente? Y espanta la idea de que un ex-capitán Sánchez saltara el día de mañana de Legané y continuara matando a las personas que tuvieran la desdichadísima ocurrencia de pasar a su casa.

Yo he defendido también como abogado a criminales locos; pero si en la realidad fuera legislador, trataría de enmendar el código en este punto. Al vez—porque es difícil substraerse al influjo de las ideas y sentimientos antrópicos de los filósofos y juristas del siglo XVIII, que inspiraron los libros en que estudiamos derecho penal los hombres de mi generación—al vez no llegaría el extremo de imponer la pena de muerte al asesino loco incurable. Mas, sin duda, buscaría la manera de hacer que su especial reclusión fuera todo lo eficaz, absoluta y perpetua, que demanda el reposo de los demás séres humanos.

Porque esto de la locura de algunos criminales y más todavía del carácter orgánico y permanente de semejante locura, no es, como creen muchos, una teoría más o menos definible, sino la verdad científica con todo rigor demostrada. Lombroso podrá haberse equivocado en la observación de los stigmas del delincuente, y hasta exagerado mucho su tesis, pero la existencia del criminal loco, aceptada por el código penal, significa, a la vez, su curabilidad, absoluta. Como que fundamentalmente consiste en la ausencia, en el organismo, del vestigio más leve de conciencia, de lo que Kant llamaba el "imperativo categórico", o la tendencia al bien, innata, según él decía, en todos los hombres normales.

Dice el vulgo que "quien hace un delito hace un ciento". Esta observación es mucha verdad aplicada a los criminales venáticos. El que una vez se deja vencer por un impulso mórbido irresistible, volverá, en las mismas o parecidas circunstancias, a obrar de propia manera. Libros de psiquiatría y medicina legal que lo confirmen, se encuentran a montones, desde la época de Legrand du Saulle, Fabret y Mandsley, hasta Régis y los escritores de nuestros días. La educación, el ejemplo, la enseñanza, son inútiles para el criminal nato. La falta de sentimientos de moralidad en el loco de instintos criminales, es como la falta de algunos elementos en el jugo gástrico de que padecen ciertas personas, y que los hacen refractarios a la digestión de substancias determinadas. Por sus efectos, si no por su naturaleza, la "locura moral"—según la llamó Mandsley—equivale a un trastorno químico.

El ex-capitán Sánchez, por ejemplo, después de ser un padre incestuoso, y de haber inducido su hija y amante, seducida por él, a que fuera cómplice en el asesinato del señor Jalón, ha hecho todo lo posible, no encontrando otra manera de explicar el hallazgo en su casa del cadáver descuartizado, para que los jueces condenaran a esa propia hija como la única culpable. Con tal de salvarse él, le hubiera parecido cosa tan admirable y natural como la muerte del señor Jalón, que a Luisa sola le aplicaran el garrote. Su persona es lo único importante para el criminal loco. Todo lo demás en la tierra—vida, honra, reposo, propiedad.—siempre que sea de otros, materia de tan poca monta como, según la frase del vulgo, "dos peces de colores".

Yo no soy partidario de la abolición de la pena de muerte más que por un argumento y es el de la incertidumbre absoluta de los juicios humanos. Siempre cabe en lo posible la inocencia de un reo, aun en los casos en que parece más cierta y con todas las pruebas plenas de la ley, su culpabilidad. Al decir Sánchez el otro día en una carta que han publicado los periódicos, que muchos inocentes han sido ejecutados por sentencias erróneas, tiene razón; lo único que ha dicho, tal vez, en que la tenga. Mas para mí este argumento se extiende, en general, a toda clase de afirmaciones. Nuestros sentidos son tan deficientes, que nunca deberíamos confiar en ellos para sostener una verdad. Reconozcamos, pues, dentro de un cálculo de probabilidades, que en todos los casos hay un tanto por ciento, aunque sea infinitesimal, en que puede ocurrir el error, y entonces, ni Sánchez siquiera sería ejecutado.

Pero fuera de aquí dentro de la suposición en que los códigos se fundan de que los hechos pueden ser probados o no, yo no tengo la más leve objeción contra la pena de muerte. La frase de Alfonso Karr, cuando pedía que comenzaran por abolir esa pena "los señores asesinos", me parece muy exacta y justa. No significa, como se ha dicho, el imperio de la ley del Talión. No es para arrancar ojo por ojo ni diente por diente. Es que siendo la justicia esencialmente niveladora, no ha de salvar a uno en virtud del propio sentimiento de piedad de que éste careció para asesinar a otro. Sánchez mató a Jalón con sangre fría implacable. Los jueces que lo hubieran perdonado ahora dejándolo por el mundo en la posibilidad de cometer otro crimen, habrían tenido, con respecto a Jalón y a cuantos se vean en sus circunstancias, la misma indiferencia de Sánchez.

José de Armas.

Literatura

FRANCA Y SONORA

Me resultó, al andar, franca y sonora
y en la voz encontré, gratas y fieles,
las almas de las rosas y las mieles
y en la mirada azul, fuegos de aurora.
Su cuerpo cimbrador turbó la hora
que se agitó con vibración de eles,
y su risa fugaz y triunfadora
fué una aspersión de sangre de claveles.
Por desnudar la música del paso,
alzó, elegante, de la fimbria el raso.
Gárrula y transparente como el agua
Vibró su charla en que la vida exulta:
y yo atisbé la pierna semioculta
bajo la orla de la pulcra enagua.

RODRIGO TORRES HERNANDEZ

1913.

ALCURNIA

A LA SRITA. CECILIA GUTIERREZ NAJERA.

Reconozco los títulos de tu augusta nobleza;
por estirpe los luces de talento y bondad;
Y unidos en tu frente con los de la belleza,
Coronaria de angélica luz de serenidad.
En almas tienes súbditos, y tu reinado empieza
Desque tus ojos dicen dulcemente: soñad!
¡Serían unos míseros en él con su riqueza
Firuz y Kodadec, Aladino y Simbad!
Pues tus ojos son puros manantiales vivíficos
De honda poesía y amor en plenitud,
En donde se reflejan los paisajes magníficos
Del universo en toda su varia infinitud,
Como si revelaran los edenes mirificos
De la Biblia, y los Vedas, y el Korán y el Talmud!

SANTIAGO K. SIERRA

Las Ultimas Maravillas de la Radiotelegrafía

Trescientos Mil Kilómetros por Segundo

PARIS, octubre de 1931.

Imaginémonos por un instante a la humanidad entero envuelta en una atmósfera iluminada por los rayos del sol, pero privada aquélla de ojos para ver la luz y los objetos exteriores: oye, siente, gusta, palpa, pero no "ve nada". Habría una organización especial de la vida en esa humanidad de ciegos, bañados de una abundante claridad, sin que lo sospechara siquiera; y tal vez, como no ha conocido jamás, ni imaginado la luz, no sentiría la necesidad de ella.

Pero, de pronto, llega un hombre de genio, que modifica el organismo humano de tal manera, que le suministra lo que le falta: el ojo. Entonces, la humanidad "ve". Un nuevo nuevo se abre ante ella; ciencia de la luz, ciencia de los colores: es preciso edificar todo. La humanidad descubre el sol, la luna, los astros; se ve obligada a modificar fundamentalmente las condiciones de su existencia anterior; experimenta un renacimiento; el Universo se le revela.

Casi en ese estado se hallaban los hombres hace treinta años. Existían "ondas eléctricas" paralelamente a las ondas luminosas; desde el principio del mundo la humanidad vivía en medio de ellas; la penetraban con su oleaje incesante, y, sin embargo, las ignoraba, como si estando ciega hubiese ignorado la luz del día. Pero, hace treinta años, un físico eminente, Hertz, descubrió las ondas eléctricas e indicó la naturaleza de sus leyes. Sólo que, por falta de un órgano para percibirlas, la humanidad no podía utilizarlas.

Este órgano, este "ojo eléctrico", fué el que el francés Branly suministró, creando el retentor. Descubrió que un tubo fino, lleno de limadura metálica, mal conductor de la corriente eléctrica, la dejaba, al contrario, pasar fácilmente cuando se le ponía en contacto con una onda eléctrica. Existía, pues, la manera de denunciar las ondas, y desde luego quedaba inventada la telegrafía sin hilo, puesto que, lanzando o interrumpiendo la emisión de ondas, según un código rimado, se producían señales que el retentor permitía recibir a distancia, con el mismo ritmo.

¿Llegará el día en que toda casa provista de "confort moderno" posea su instalación radiográfica? Ved esa familia británica agrupada en torno a un "receptor" que permite a todos poner sus relojes y péndulos por la hora de la Torre Eiffel.

No hay necesidad de describir los principales aparatos de la telegrafía sin hilo (la T. S. H., para emplear la abreviatura usual). Hoy todo el mundo sabe con cuánta facilidad caminan las ondas de Europa a América, atravesando el Atlántico, con una velocidad de 300,000 kilómetros por segundo, superior a las del automóvil y el aeroplano.

Ni las montañas, ni la convexidad del océano las detienen; los buques llevan aparatos que les permiten, por medio de ellos, comunicarse desde alta mar con los continentes; en caso de siniestro pueden pedir auxilio, y el número de vidas humanas salvadas por la T. S. H. constituye hoy la más bella recompensa de los esfuerzos de sus inventores. En los comienzos de la nueva telegrafía, hubo que vencer un gran obstáculo: en efecto, todo el mundo puede recibir una comunicación de T. S. H. mediante una "antena", un retentor y un teléfono, y esta facilidad de recepción tenía que producir, forzosamente, una confusión. Pero se logró acordar, "sintonizar" suficientemente los aparatos de dos estaciones, como para que no fuesen impresionados sino el uno por el otro; o a lo menos, que cada uno tuviese una especie de "preferencia" por las señales emitidas desde la estación correspondiente. Las ondas llamadas "musicales" permitieron adelantar más la especialización de las comunicaciones, y hoy se ha logrado reconocerse en medio de la complicada red de ondas que surcan la atmósfera, como para hacer un uso corriente de la radiotelegrafía.

Entre las infinitas aplicaciones que se darán a la T. S. H. ya se cuenta la que produjo la Conferencia Internacional de la hora, la cual ha decidido trasmitir al mundo la hora exacta del Observatorio de París, con un centésimo de segundo de precisión. El poste central elegido para este "reloj universal" ha sido la Torre Eiffel.

Pero se esperan, con fundamento, nuevos prodigios de aplicación de la radiotelegrafía.

En el arte militar, la T. S. H. tendrá, por la facilidad de sus instalaciones—tanto para la guerra terrestre como para la guerra marítima—aplicaciones de una importancia capital: las "señales" por medio de banderas, a menudo mal interpretadas, serían reemplazadas por comunicaciones, y la telefonía sin hilo va a permitir a los jefes de ejércitos y de escuadras corresponderse directamente entre sí, con ayuda de un lenguaje convencional, ininteligible para el enemigo. Ya los dirigibles y los aeroplanos han demostrado la posibilidad del empleo de la T. S. H. a bordo.

Pero hay algo mejor: el profesor Branly ha logrado probar, experimentalmente, que es posible hacer saltar a distancia, minas, con ondas que pueden manejarse a voluntad; hacer partir cañones y abrir esclusas. Otros ingenieros, siguiendo sus trazas, dirigen, sentados tranquilamente en sus escritorios, un torpedo que evoluciona lejos de ellos y que, por intermedio de ondas eléctricas y del detector, obedece a su voluntad, va a la derecha, a la izquierda, se sumerge o emerge, y hiere de muerte al navío enemigo, sin exponer una sola vida humana. Ya, gracias a los dirigibles, hay torpedos aéreos en estudio, dirigibles provistos de explosivos, que no llevarán a bordo ningún aeronauta, y que, dóciles a una acción automática ejercida por las ondas eléctricas y recibida por un detector, dejarán caer sobre el enemigo, en el momento en que se quiera, las bombas necesarias, sin arriesgar la existencia de un solo oficial ni de un solo soldado.

Si vis pacem, para bellum; dueños de estos maravillosos descubrimientos, seremos fuertes, y, por consiguiente, respetados y tranquilos. No sólo habrá aplicaciones bélicas de la T. S. H.: las habrá pacíficas. Recuérdese el transporte de la energía a distancia: comenzó por el humilde y modesto tic-tac del telégrafo; y ahora, se transporta a centenares de kilómetros, por medio de un delgado hilo de cobre, la energía mecánica de los saltos del Niágara! Así acontecerá, sin duda, en un porvenir próximo, con las ondas eléctricas: hoy transmiten el pensamiento o la palabra por la infinitesimal vibración de la membrana de un teléfono; pero esto es un comienzo, es una acción mecánica que producen a distancia: nuestros nietos usarán quizá sumas considerables de energía, transportadas con la velocidad del rayo, por esta maravillosa aplicación de la electricidad, que hace por siempre memorables los nombres de Hertz y de Branly.

Este porvenir comienza a realizarse por la entrada en escena de una nueva y brillante aplicación de la T. S. H.: la telefonía sin hilo, que acaba de hacer "su entrada en el mundo" con un éxito inesperado.

Viendo las proezas realizadas por la T. S. H. en el cambio de señales telegráficas, se pensó si con la ayuda de ondas eléctricas no podía transmitirse la palabra misma. Para esto era preciso tener onda continua. El profesor Poulsen las obtuvo el primero, haciendo caer el arco eléctrico en una atmósfera de hidrógeno, y los tenientes de navío Colin y Jeance pudieron así telefonear entre la Torre Eiffel y Dieppe. Era un comienzo de promesa: el sabio italiano Vanni acaba de hacer dar al asunto un paso gigantesco y ha logrado telefonear de una vez entre Roma y Trípoli, esto es, a mil kilómetros.

Para realizar este bello experimento, el ingeniero Vanni hizo uso, no del arco eléctrico, sino de las conocidas propiedades de la vena líquida. Cada vez que un fluído, líquido o gas, sale bajo presión de un orificio estrecho, forma una "vena" que es extremadamente sensible a las vibraciones producidas en el aire. Esto aconteció, pues, con un chorro de agua infinitamente delgado: la forma, el espaciamiento de las gotitas constitutivas cambia con la naturaleza del sonido que reciben, y si ese sonido es la voz humana, todas las gotitas siguen fielmente las modulaciones, por variadas que sean.

Un dirigible movido a distancia por las ondas invisibles, deja caer automáticamente sobre el campo enemigo, bombas que lo destruyen en pocos instantes.

El ingenioso Vanni utilizó esa sensibilidad extrema de la vena líquida a las vibraciones sonoras: formó una vena con un líquido conductor de la electricidad; con su ayuda y con una corriente cuya tensión estudió sabiamente, lanzó ondas continuas en el espacio, por la antena del poste expeditor. Estas ondas llevaban lejos las modificaciones que les imprimía la palabra al salir, y el teléfono ligado a la antena receptora las recibía.

Alphonse Berget.

Interesante a los Subscriptores de "El Imparcial"

La buena acogida que todos los subscriptores de EL IMPARCIAL han dado a nuestras últimas novelas publicadas en la "Hoja de Subscriptores," nos ha obligado a prepararnos para escoger con todo cuidado las obras que en lo futuro seguiremos publicando, como prima para nuestros abonados. Por lo tanto, nos permitimos recordar a los subscriptores de EL IMPARCIAL que sólo tengan pagado su abono hasta el 31 de diciembre actual, se sirvan hacernos remesas de fondos por el primer trimestre o semestre del año entrante. Asimismo esperamos que los subscriptores que por cualquier circunstancia tengan algún recargo en su cuenta, se sirvan enviarnos su adeudo a la mayor brevedad, pues por tener que abrir nuestras nuevas cuentas, con toda pena nos veremos en el caso de suspender el envío a aquellos que no estén al corriente. Como esto traería por consecuencia que los abonados a quienes gusta coleccionar las novelas, las tengan incompletas, insistimos en suplicar el envío de sus fondos con toda oportunidad.

EL IMPARCIAL, S. A.

Departamento de Circulación.

DEL INGENIO FESTIVO

DOLORES QUE NO DUELEN

De Vital Aza.

Médico injerto en poeta,
dióme un día la manía
de no hacer otra receta,
me entregué a la poesía
y abandoné la lanceta.

Yo no soy ni puedo ser
frío como otros doctores.
Nadie puede comprender
lo que yo padezco al ver
a un amigo con dolores.

Pero ayer, Lola, te ví;
iba contigo tu esposo,
y ¡ay! entonces comprendí
que con Dolores así
puede un hombre ser dichoso.

Entre vecinas:

—¿Es de usted ese gato, señora Pepa?

—Sí, y por cierto que es un animal asombroso.

—¿Por qué?

—Mire usted, no come pescado.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Porque no tengo dinero para comprárselo.

LOS GATOS COMO LOS HOMBRES

No se puede sondear el instinto de los gatos; no se sabrá jamás cuán maravilloso desprecio del hombre se aloja en su pequeña cabeza redonda. Estas esfinges en miniatura han sido puestas a vivir en compañía nuestra, para prepararnos a no esperar de los que amamos, sino el más frío desdén. Estos misterios vivos, adorables y maulas, voluptuosos y encantadores, son el mejor ejemplo del egoísmo y la mentira. ¡Y tienen un descaro, un desahogo y una bribonería tan amables! ¿Se quiere atraerlos? Os enseñan las ancas. ¿Se les deja? Se os arrastran a los pies y se os suben al hombro y os introducen afectuosamente el botoncillo de su helada nariz en la oreja. Los gatos parecen seres humanos.

CIENCIA

LOS RAYOS X

Si bien es cierto que el problema de oriente continúa sin resolverse, a pesar de la energía cómica con que los señores diplomáticos dan vuelta a las plumas en los tinteros... sin darse cuenta de que remueven sangre, en cambio es verdad también que el problema de los Rayos X, pendiente desde hace diez y ocho años, acaba de ser resuelto victoriosamente por los físicos. Esto nos consolará de aquello, aunque fuera de interés menos contingente.

Hasta ahora los rayos X eran conocidos sólo por sus efectos, ignorándose en qué consistían. Su propiedad de ennegrecer la placa fotográfica, de atravesar siempre y sin desviación los cuerpos opacos, de descargar los cuerpos electrizados y de excitar la florescencia de gran número de substancias, no nos había dado indicio alguno acerca de su naturaleza. Sabíase que se produce al interponer una placa metálica en el trayecto de los rayos catódicos emitidos en un tubo de gas enrarecido y al cual atraviesa una corriente eléctrica como se sabía asimismo utilizar en medicina y cirujía su formidable poder penetrante, conociendo también que dicha acción tiene sus peligros, pues más de uno se ha mordido... y se ha quemado los dedos en prueba de que la penetración de los rayos X no es siempre una penetración pacífica. A pesar de todo, los rayos X eran siempre una X: se ignoraba su naturaleza y hasta este punto de vista no se les conocía casi tanto como a ciertos rayos psíquicos de los cuales el hipnotismo, la sugestión, la telepatía, nos revelan la existencia sin denunciarnos su esencia.

¿Son los rayos X al igual de los rayos catódicos o los rayos alfa y beta del radium, partículas materiales, proyectiles lanzados por los tubos productores como las balas de una ametralladora? O, por el contrario, son simples vibraciones inmateriales del medio que llena el espacio, son, en cierto término, hermanos de la luz, que se propaga en el éter, como las ondas que la caída de una piedra produce en la superficie del agua? Tal es el problema en el cual los físicos han empezado vanamente y sin ventajas de una u otra parte, las batallas más pacíficas y a la vez más ardorosas.

El problema acaba de ser resuelto gracias a un descubrimiento de un físico alemán Lane, brillantemente completado hace poco por el inglés Bragg y el francés Mauricio de Broglie. Cuando todos los artificios de la óptica artificial habían fracasado a causa de la violencia misma de los rayos X, la cual les hace atravesar sin desviación ni dispersión, todos los aparatos, dichos sabios lograron utilizar eficazmente esa maravilla de la óptica natural que se llaman cristales. Tras el enrejado infinitamente pequeño y de una admirable simetría geométrica que forman las moléculas compactadas en los cubos diáfanos de la sal gemma o en los poliedros azules del sulfato de cobre, los rayos X vinieron dócilmente a inscribir en la placa fotográfica el tan buscado secreto de su propia identidad.

Excúsome de insistir en los detalles de estos experimentos que plantean cuestiones más teóricas que delicadas, y pues sólo nos importa el resulta; hélo aquí: los rayos X son análogos a la luz y no a los rayos catódicos.

Estos no son rayos materiales, sino más bien las vibraciones, o más bien, las pulsaciones del éter. Estas pulsaciones son de una prodigiosa rapidez: mientras la luz roja vibra alrededor de 4 millones de veces en un billonésimo de segundo, lo cual es poco.... relativamente; mientras las ondas ultravioletas más rápidas que produce la lámpara de vapor de mercurio, vibran 30 millones de veces en igual tiempo, los rayos X, medidos por Lane y sus émulos, son todavía diez mil veces más rápidos y vibran 300 billones de veces en un billonésimo de segundo. Estas cifras extraordinarias no significan poco en la escala habitual y nos enseñan a ser moderados en nuestra adjetivación y a no creer que el corazón nos late muy ligero, cuando una emoción fugaz le da 90 pulsaciones por minuto.

Los rayos X se propagan en el espacio con la misma rapidez de la luz, es decir, a razón de 300.000 kilómetros por segundo. Dado, pues, que se conoce el número de ondas que ocupa esta longitud, se puede decir la longitud de una onda, y así se halla que, el lado las ondas hertzianas más cortas, las cuales tienen alrededor de 2 milímetros de extensión, al lado de las ondas de luz roja, las cuales no tienen sino 6 diezmilísimos de milímetro; las ondas de los rayos X son pequeñísimas pues cada una de ellas no mide sino casi un cienbillonésimo de milímetro. Comparado con esto, ¿cómo no ha de sentirse el hombre grande e importante en el espacio?

Así, en esta inmensa gama muda, en que las vibraciones del éter llenan el mundo y que va desde las ondas hertzianas hasta los rayos X, éstos se encuentran a diez y ocho octavas más altos que la luz. Nada nos prueba que un día se encuentren rayos todavía más rápidos y con propiedades más prodigiosas aún. Existen cosas en el cielo y la tierra—dice Shakespeare—que no caben en nuestra filosofía. Y yo añadiría, si me atreviera: y es mucho más maravilloso que nuestra filosofía, nuestra metafísica sobre todo, haya poblado cielo y tierra de mil fantasmas ilusorios y encantadores que, ¡ay! no existan.

CHARLES NORDMANN.

Astrónomo del Observatorio de París.